

de donde habia venido y se incorporó trabajosamente sobre el lecho, preguntando con débil acento:

—¿Dónde estoy?

—Con nosotros, señorita, respondió Roman.

—¿Qué ha pasado?..... mas, ¡ah! ya recuerdo, continuó Amparo recorriendo con miradas de asombro á las personas que las rodeaban.

—Ha estado vd. mala y hemos acudido á socorrerla, dijo la señora Paula.

—¡Oh! ¡gracias! ¡mil gracias! exclamó con acento de tierna gratitud Amparo.

Guadalupe habia cesado de tocar y se habia acercado al lecho.

—¿Y hace mucho tiempo que padece vd. esta clase de ataques? preguntó al cabo de un rato Roman.

—Hace tres años solamente; pero los dos últimos que he tenido me han durado mas de cuatro horas.

Y al decir estas palabras, Amparo, como herida por un recuerdo, se echó sollozando en los brazos de Guadalupe.

¡Bueno! murmuró Roman; este llanto la ha aliviado completamente.

IV.

AMOR SILENCIOSO.

Desde esta vez, una dulce intimidad comenzó á reinare ntre los vecinos.

Amparo al ver las atenciones de que era objeto y la franca benevolencia de las buenas gentes que la rodeaban, parecia haber perdido algo de su timidez y su vergüenza.

Roman asimismo solia visitar algunas veces á la señora Paula, y á pesar del velo de profunda melancolía que parecia envolver su existencia como con un paño mortuorio, se entretenia con la inocencia de Guadalupe y las esperanzas de Gabriel.

Con respecto á Amparo, no es muy fácil decir la especie de sentimiento que el jóven experimentaba.

Pero aquella semejanza de carácter, aquel aislamiento comun, aquella triste hermosura de Amparo, su aire de melancolía, su vida de misterio, debian hacer despertar en el corazon de Roman un sentimiento nuevo, un deseo vago de comunion de almas, una especie de simpatía tierna hácia aquella jóven que vivia casi á su lado.

¿Pero qué podría ofrecerla él pobre médico, aislado en medio de una gran ciudad donde nadie le conocía?

Era en otra escala un sentimiento muy semejante al que Gabriel experimentaba con respecto á Guadalupe.

Hemos dicho que los vecinos se reunian algunas noches en el aposento de la señora Paula.

Allí, seguian una conversacion sencilla ó escuchaban de los labios de Gabriel la música de las estrofas que forman las leyendas de Zorrilla, ese sublime poeta de la imaginacion, ó los cantos de Espronceda, ese génio que ha sabido llenar de una contagiosa poesía el mismo cansancio y hastío de la vida.

Estas estrofas, impregnadas de amor y de sentimiento, recitadas por un acento varonil y modulado, llenaban de un místico recogimiento á los jóvenes.

Amparo escuchaba con la cabeza inclinada hácia la tierra.

Guadalupe recibia con avidez esas primeras impresiones.

Roman meditaba.

Así pasaron dos meses.

Algunos domingos, Roman solia invitar á sus vecinos para un paseo á fin de respirar en el campo otro aire que el infecto que respiraban toda la semana.

Amparo algunas veces se excusaba á acompañarles ó lo hacia con su tristeza habitual, sin que las hermosas perspectivas que contemplaban la distrajesen un instante de su profunda melancolía.

A las nueve montaban en un coche de la gran plaza y se dirigian, ya por la ribera de San Cosme hácia esos hermosos pueblecitos de Popotla y los Remedios y esas llanuras de la Escuela de Artes, ya por las calzadas de la Verónica ó Anzures á Tacubaya, Mixcoac, San Angel, ya por Peralvillo á la estéril pero poética villa de Guadalupe.

Otras veces salian por la garita de San Lázaro, y en la ribera de los lagos que forman de ambos lados un espejo para mirar su calva frente al severo y romancesco Peñon, tomaban una canoa y se dejaban llevar sobre la azul superficie de las aguas y acariciados por la húmeda brisa, á los graciosos pueblecitos de la

ribera, que cual nueva Vénus parecen estar naciendo de un oceano de flores.

En estos largos paseos, el alma de aquellos buenos amigos se llenaba de una suave alegría y de un tierno reconocimiento.

¿No era en efecto una felicidad, despues de una semana de arduo trabajo, de privaciones, de existencia en medio de una atmósfera viciada, respirar esa brisa pura y aromada que suspira en el sin par valle de México, contemplar esas perspectivas que parecen cuadros salidos del pincel de Dios, sentirse bajo la bóveda de un cielo siempre azul, siempre sereno, siempre fúlgido; hallarse, en fin, en el punto que hubiérase podido escoger para mirar desde el cielo, hácia la tierra?

La señora Paula escogia sus mejores vestidos.

Guadalupe se engalanaba con un vestido de merino azul oscuro perfectamente arreglado á su cuerpo y que hacia resaltar mas sus formas delicadas y un tapalo de merino tambien, escarlata en cuyo fondo se destacaba su rostro hermoso, aunque algo pálido por las privaciones y coronado por sus suaves cabellos castaños.

Amparo solo trocaba su vestido de luto por otro del mismo color, mas nuevo.

¿Quién sabe qué triste conmocion se experimentaba al verla con su rostro tan hermoso, tan pálido, tan perfecto, surcado por algunas venas delgadas y azules que daban á su fisonomía ese aspecto de languidez particular á las personas en quienes domina el temperamento nervioso-linfático, con su cuerpo gracioso, flexible, delicado como el tallo de esa flor que se llama amapola, tan débil y á ese paso tan ajada por la intemperie, triste en medio de la dulce alegría que la rodeaba, meditativa y silenciosa en medio de la tierna expansion de sus amigos, como atormentada por un secreto, como sintiendo en su corazon lastimado el torcedor de un recuerdo dolorosísimo.

Roman, el pobre médico, la contemplaba en silencio, no osando profanar con la revelacion de su amor sin esperanza, el santuario de su misterio, la amargura de su dolor, sintiendo un tierno respeto hácia aquella jóven, que tan semejante á él, ha-

cia el viaje de la vida impelida hácia la tumba por la voz secreta de un pasado de infortunio.

Hay en efecto cierta clase de mujeres, que sea por el fondo de su carácter, sea por lo doliente de su historia, inspiran al corazón un noble respeto como si fueran santas y á quienes nadie, ni aun los mismos jóvenes impuros y prostituidos como Isidoro el que hemos visto al principio de esta historia, se atreverían á profanar.

Amparo era una de estas mujeres.

Volvían á la ciudad al caer la tarde, y sin conocerlo sentían oprimirse su corazón al dejar tras de sí aquellas hermosas perspectivas que por algunas horas les habían mentido una felicidad que nunca es verdadera en la clase media de la sociedad á que pertenecían; porque esa clase, siendo honrada, es virtuosa y siendo virtuosa, tiene que llevar una vida de abnegación y martirio, porque esa clase colocada entre la alta y el pueblo, no tiene los placeres de la primera, teniendo sus aspiraciones y sufre los dolores de la segunda sin tener su ignorancia.

Una de esas pobres mujeres no anhela llevar los diamantes con que se engalana la aristocracia; pero tampoco puede dejar sus miembros desnudos como el pueblo, y para poder llevar un vestido tiene que comprarlo á costa de su vida casi.

Porque nada está mas mal recompensado que el trabajo de la clase media.

El pueblo, teniendo pocas necesidades diferentes que las animales, puede satisfacerlas con el producto de su trabajo; pero la clase media, sin tener la prodigalidad de la aristocracia, tiene casi sus mismas necesidades, y gana con su trabajo muy poco mas que el pueblo.

Decidlo, si no, vosotras, desdichadas jóvenes, recordad cuando con el producto de vuestro trabajo que solo llegaba á medio peso, teniais que alimentar á una madre enferma, á unos hermanos pequeños, que alargaban la mano pidiendo pan, mientras trabajais doce horas con la aguja.

Recordad vosotros, pobres jóvenes, aquella época en que erais el sostén de vuestra viuda madre y de vuestros desvalidos pa-

rientes, al mismo tiempo que seguiais una carrera que tambien os causaba gastos.

Y sin embargo, á pesar del mezquino sueldo que ganabais por respetar vuestra educacion y las exigencias sociales, teniais que habitar una casa pobre, pero en segundo piso; era necesario comprar un tápalo para vuestra madre, un vestido para vuestra hermana, ropa blanca para los niños; vosotros mismos teniais que llevar un sombrero, un frac, pantalon y calzado, lo mismo que el joven rico, y para llenar esas exigencias sociales, teniais tal vez con frecuencia que privaros casi de alimento.

Porque esto vosotros solo lo sabiais; mientras que si os hubierais presentado en la oficina ó en el almacén donde trabajabais, con vuestro vestido desgarrado, dejando ver vuestros enflaquecidos miembros, os habrían despedido, y entonces habriais muer, to de hambre.....

Después de estos paseos seguía el duro trabajo de la semana, amenizado solo por las lecturas de Gabriel, ó las melodías de Guadalupe y su canto, ese canto modulado y triste de los aires nacionales, calcado en la música alemana.

El día se pasaba triste.

La señora Paula y Guadalupe, inclinadas sobre su labor.

Gabriel en su árido y penoso trabajo.

Amparo trabajando en la costura doce horas, suspirando y padeciendo.

Roman encerrado en su aposento, estudiando, meditando ó pensando en Amparo.

Por otra parte, se habia establecido entre ambos jóvenes una tierna intimidad y algunas veces, solía Roman visitar á Amparo en su aposento; pero siempre guardando un embarazoso silencio y un profundo respeto.

Mientras estas escenas de expansión pasaban entre los vecinos, otras demasiado dolorosas tenían lugar en el aposento de la desdichada familia Castillo.

Una tarde se hallaba el anciano militar sentado en una silla, su mujer enferma y achacosa á fuerza de privaciones, ocupaba el lecho rodeada de los dos niños que la contemplaban con aire de súplica.

Víctor, el hijo mayor, se paseaba con una triste lentitud por la desamparada estancia, mirando alternativamente á su padre que con aire atrevido fijaba distraidamente sus ojos en el suelo, á su madre ó á su hermana Elena, que sentada en un rincón sobre una estera, leía á hurtadillas un papel.

Era un billete que contenía estas palabras:

“Elena:

“En tí consiste salir de esa miseria horrible en que se consume toda tu familia; me has dicho que me amas y yo quiero hacerte dichosa.

“Esta noche voy á esperarte cerca de tu casa en un coche, y según hemos convenido, irás á habitar en una hermosa casita en San Cosme, donde no te faltará nada y tu existencia será muy diferente de la de hoy.

“Te ama y espera con ansia

Luis.”

La jóven dejó caer de su mano la carta, peinó cuidadosamente su hermosa rúbia cabellera, arregló la pañoleta que cubría su cuello de cisne, se miró á un pequeño espejo que adornaba la estancia, se quedó un rato pensativa y cuando hubo cerrado la noche, se deslizó fuera de la habitación, aprovechándose de la profunda distracción en que el dolor sumergía á sus hermanos y á sus padres.

—Tengo hambre, dijo uno de los niños que ocupaban el lecho, al cabo de un momento.

—Y yo también, murmuró el otro.

La madre los estrechó contra su corazón, procurando apagar el ruido de sus palabras.

Víctor se acercó al lecho, tomó la mano de su madre ardiente por la calentura, y llevándola á sus labios, dijo con acento de profunda y desgarradora tristeza:

—¡Oh, madre mía, á qué estado hemos llegado!

—No creas, hijo mío, estos niños han comido ya, dijo la madre con un acento cortado por los sollozos; pero que procuraba hacer aparecer tranquilo.

—No, esos niños no han comido, porque ayer se ha acabado

el último dinero que traje, y hoy, por más que he hecho, no he podido conseguir nada.

—¡Y Elena, dónde está? preguntó la madre.

Víctor se volvió al lugar que pocos momentos antes ocupaba su hermana; pero ésta no se hallaba allí; el jóven levantó de la estera el billete, se aproximó á la lámpara que iluminaba tristemente la estancia, y después de haberle recorrido, lanzó un grito de desesperación y dolor.

La madre se lanzó del lecho, arrancó de las manos de su hijo la carta, y antes de acabar de leerla, articuló un quejido desgarrador y cayó aplomada sobre el duro suelo.

Los niños se pusieron á dar gritos de espanto.

El anciano que con su mirada de demente había contemplado todo, se levantó trabajosamente de su silla y leyó el fatal billete.

Brillaron dos lágrimas en sus ojos sombríos y murmuró con un profundo acento de dolor:

—¡Pobre de mi hija! ¡la quería yo tanto!

Luego aquel rayo de la luz de la razón se desvaneció en las tinieblas de la locura, y lanzando una estridente carcajada que produjo un eco lúgubre en los rincones del aposento, exclamó:

—Pero ¡vale más! ahora al menos ya no pasará trabajos, como yo, por haber servido bien al gobierno.

Víctor tomó entre sus brazos á su madre y la depositó en el lecho.

—¡Oh! murmuró con voz desgarradora: mi hermana se prostituye, mi madre se muere, mi padre pierde el juicio, mis hermanos tienen hambre, Eulalia, el alma de mi vida, me desprecia. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡así la existencia es un castigo!